

XIV.

Los sucesos que dejamos rápidamente referidos, vinieron á cambiar en gran manera la faz de los negocios públicos. Maxtla veía desde luego asegurado su imperio, destruidos sus enemigos, y se sentía libre de todo temor para el porvenir. Tayauh y Tlacateotzin habían muerto; Chimalpopoca se hallaba en una jaula en donde podría hacerle perecer á la hora que quisiese; y en cuanto á Nezahualcoyotl, abrigaba la confianza de deshacerse de él sin dificultad ninguna.

El feliz éxito de sus empresas aumentó su orgullo como era natural, y mandó á las ciudades de México y Tlaltelolco á un agente de confianza llamado Chichincatl, para que reuniese á la nobleza y principales del pueblo, manifestándoles que habiendo concluido el indulto de tributos que su padre les había concedido, él por su parte les exigiría el pago de todas las contribuciones acostumbradas antes del indulto, así como las que tuviese á bien imponerles en lo sucesivo. Chichincatl llevaba, además, el encargo de pasar á Tezcoco y comunicar á Nezahualcoyotl la orden de trasladarse á Azcapuzalco, para tratar ciertos negocios.

La noticia de las desgracias acaecidas á los reyes de Tlal-

telolco y México, llegó presto á los oídos de Nezahualcoyotl, quien en el acto se resolvió á ir á pedir á Maxtla la vida de Chimalpopoca. La empresa era arriesgada, pues equivalía á entregarse en manos de un enemigo poderoso, cuyas intenciones en su contra no eran por cierto un misterio; así fué que sus amigos y parientes se esforzaron por disuadirle de semejante idea, haciéndole ver que el paso que meditaba solo serviría para exponerle á perder la vida sin probabilidad ninguna de salvar la de su tío.

Entonces pudo verse todo el valor, toda la grandeza que se encerraban en el alma del joven príncipe, al mismo tiempo que la elevación de su espíritu sobre las supersticiones de su país y de su tiempo. Los adivinos fueron consultados, y dieron la poco satisfactoria respuesta de que le amenazaban grandes riesgos, entre ellos, tres de que difícilmente podría salvar la vida; pero si escapaba, triunfaría de todos sus enemigos, siendo, por lo tanto, necesario que se guardase de las amenazas del destino, no yendo temerariamente á buscar los peligros. A una respuesta cuyo sentido no podía ser más tremendo, dió Nezahualcoyotl esta admirable contestación: "Todo lo contrario pienso yo; porque si vuestra ciencia no os engaña, y me amenazan ciertamente las estrellas con esos riesgos, ni por buscarlos yo han de ser mayores, ni por procurar huirlos he de dejar de pasar por ellos; y así determino buscarlos, y salir cuanto antes de esta zozobra. Si perezco en ellos, con la vida se acaban los trabajos; y si los venzo, mas presto triunfaré de mis enemigos." Contestación que recuerda la celebrada de César en las famosas idus de Marzo.

Púsose en camino y navegó toda la noche, llegando al amanecer á Tlaltelolco. Sabiendo que allí se hallaba Chichincatl, le buscó para verle. El emisario de Maxtla, que era muy afecto á Nezahualcoyotl, le habló de la orden que tenía para llamarle, expresando los temores que abrigaba por su vida; pero ni estas observaciones ni las que le hizo después en Azcapuzalco un camarero del tirano, de quien se valió para que

le introdujera con el emperador, fueron bastantes para hacerle cambiar de dictámen.

Una vez en presencia de Maxtla, le dirigió la siguiente alocucion, que nos parece digna de ser reproducida: "Muy alto y poderoso señor: bien veo que vengo á ocuparos el tiempo que habeis menester para los negocios del gobierno; pero no puedo dejar de obedecer vuestro mandato, que me ha intimado Chichincatl, á pesar de los recelos que me asaltan de los peligros de la vida, y vengo á saber lo que me ordenais, logrando al mismo tiempo la ocasion de implorar vuestra clemencia en favor de la vida de mi tio el rey Chimalpopoca, quien como pluma rica servia de hermoso adorno á vuestra imperial corona, y cual piedra preciosa de oro en vuestro collar adornaba vuestro cuello, y ahora desprendida de su propio lugar, la teneis asida y apretada en vuestras manos, esperando por instantes su ruina. Aflojad, señor, la mano, y como rey piadoso, echad en olvido la venganza, y poned solamente los ojos en el triste espectáculo de un miserable anciano, que desfallecido con la falta de alimentos es ya un retrato de la muerte, trayendo á la memoria que ha gastado su vida en servicio de vuestro padre, y en procurar la exaltacion de vuestra casa."

Este razonamiento, traducido fielmente por los intérpretes, manifiesta la alta inteligencia de Nezahualcoyotl, su exquisito tacto político para tocar las fibras mas delicadas del corazon, y obligar al tirano á ceder á sus pretensiones. Maxtla, en efecto, no podia sustraerse á la especie de fascinacion que los talentos superiores del príncipe ejercian sobre él, y todo su orgullo, y todos sus proyectos de venganza, desaparecian como por encanto en presencia de Nezahualcoyotl, quien podia gozarse al ver la especie de confusion y desconcierto en que entraba su terrible rival.

Así fué como esta vez, Maxtla le contestó que solo le habia hecho llamar con el objeto de manifestarle que aunque habia dado orden para que nadie hablase á Chimalpopoca, esa orden no se extendia á él, que podia verle y consolarle,

ofreciéndole que mas tarde le pondria en libertad. Encargábale al mismo tiempo, que luego que hiciese aquella visita al rey de México, volviese á Azcapuzalco á darle razon de lo que pasara, en lugar de irse á Tezcoco. En seguida ordenó á Chichincatl que acompañase á Nezahualcoyotl á México á fin de que no encontrase ningun obstáculo para ver y hablar á Chimalpopoca.

Apenas quedó solo Maxtla, llamó á uno de sus consejeros en quien mas confianza tenia por su edad y por su adhesion, y le dijo cómo habia hecho ir al príncipe con objeto de matarle, pero que en vez de realizar su proyecto, le habia concedido que fuese á ver á su tio el rey de México. Debiendo volver, sin embargo, le consultaba sobre á cuál de los dos, de Chimalpopoca ó Nezahualcoyotl, daria primero muerte. La respuesta era sencilla, puesto que teniendo á ambos en su poder, le era fácil comenzar por cualquiera, sin que nadie osase poner resistencia á sus mandatos. Entonces quedó resuelto que al volver á Azcapuzalco se mataria al príncipe, para lo cual previno el emperador á varios capitanes que se apostasen con tropa en diferentes lugares.

XV.

Nezahualcoyotl, acompañado de su sobrino Tzontecolhuat y de Chichineatl, partió para México, en donde, como lo habia solicitado, visitó á su tío Chimalpopoca, á quien encontró moribundo por la falta de alimento. Aquella entrevista conmovió sobremanera al príncipe, que procuró, aunque en vano, consolar y alentar al desgraciado monarca. Valiéndose del permiso que tenia para verle, volvió el día siguiente, llevándole ocultos algunos alimentos; pero ya era tarde, y tuvo el dolor de verle espirar, víctima indefensa de la terrible venganza de Maxtla.

Aquel suceso, así como el desastrado fin del rey Tlacateotzin, engendró un gran descontento entre los mexicanos y tlaltelolcas, pues los principales se sentian no solo afectados por la gran crueldad ejercida contra sus respectivos monarcas, sino temerosos de correr la misma suerte, porque nada puede haber mas inseguro que la voluntad de un tirano suspicaz y caprichoso. Este descontento produjo á su vez la resolución de sacudir el ominoso yugo que sobre ellos pesaba, y sus pensamientos se dirigieron naturalmente á Nezahualcoyotl, cuya restauracion fué considerada desde luego como una esperanza de libertad para los pueblos oprimidos.

Muerto Chimalpopoca, regresó Nezahualcoyotl á Azeapuzalco conforme á la órden del emperador, y sin hacer caso de los avisos que sus parciales le comunicaron sobre las prevenciones que contra él existian, dirigióse al palacio del emperador, habiendo dejado preparada una canoa en un lugar oculto. Maxtla se conturbó algo al saber que le buscaba el príncipe, quien se presentó sin dar muestras de la menor inquietud, y despues de referir su viaje á México y la muerté de Chimalpopoca, acabó dándole las gracias por el permiso que se le habia concedido para asistir á su tío en sus últimos momentos, y en prueba de gratitud ofreció, tanto al emperador como á la emperatriz, que estaba presente, flores y joyas de valor que llevaba consigo.

Maxtla se retiró sin decir una palabra, y poco despues recibió el príncipe un recado para que fuese á aguardarle en un jacal de carrizos, situado en los jardines del palacio, en donde tenia que hablarle. Nezahualcoyotl obedeció inmediatamente, pero no tardó en observar que se iban apostando soldados por diversas partes del jardin; entonces, comprendiendo el peligro que corria, salió por la parte posterior del jacal que daba á la tapia, y dejando á su sobrino que le acompañaba, con órden de reunírsele luego que pudiera escapar, saltó la pared y fué á caer en la plaza, que ya estaba llena de la gente armada, que solo esperaba la señal para darle muerte.

Luego que se vió libre, Nezahualcoyotl, que era agilísimo, huyó con tal velocidad que no pudieron alcanzarle los agentes del tirano, quienes al verle correr trataron de apoderarse de él, creyendo que su aprehension complaceria en gran manera á Maxtla. Este, sabiendo lo que habia pasado, sintió mucho el ver burlados sus proyectos, y mas que el príncipe los hubiese descubierto, pues aunque abrigaba la resolución invariable de darle muerte, queria que esto fuese sin estrépito, temiendo el efecto que causaria en la opinion, pues no ignoraba que tenia un gran número de partidarios, no solo en Tezcoco, sino en Tlaltelolco y México.

XVI.

Libre ya del gran peligro en que habia estado su vida, Nezahualcoyotl se embarcó con su sobrino, que se le reunió poco despues, en el lugar excusado en que habia dejado la canoa, y se dirigió á Tezcoco. Por su parte Maxtla, irritado con el mal éxito de su empresa, trató de poner nuevos medios para dar el golpe definitivo, llamando con este objeto á Tilmantzin, el hermano enemigo del príncipe, de quien ya hemos hablado, y el cual era muy á propósito para llevar adelante los sangrientos proyectos del usurpador.

Tilmantzin salió, pues, para Tezcoco, bien instruido en lo que debia hacer, y que se reducía á dar un convite á Nezahualcoyotl con cualquier pretexto, para que en medio de la fiesta, un capitán disfrazado le matase, aprovechando el momento mas oportuno. El pretexto fué fácilmente hallado: se trataba de felicitar al príncipe por su buena suerte en haber escapado de las traiciones de Maxtla.

Nezahualcoyotl recibió la invitación con su no desmentida cortesía, y ofreció asistir al festín; pero demasiado conocía al personaje que le invitaba para no descubrir en aquella demostración una nueva red. Reunió, pues, en consulta á sus

confidentes mas avisados, para someterles el caso y escuchar su parecer; todos opinaron que no debia asistir, porque seguramente allí se encontraba oculta una traición, de que le seria muy difícil escapar la vida. Empero la situación del príncipe era muy delicada, puesto que habiendo empeñado su palabra, no le era posible dejar de concurrir á una fiesta que aparecía en obsequio suyo, sin romper abiertamente con sus enemigos, lo cual no era prudente ni hacedero en aquellos momentos.

Hallábase entre los consejeros un anciano que gozaba de gran fama de sabiduría, llamado Huitzilihuitl, que propuso entonces un medio tan atrevido cuanto ingenioso. Dijo que conocía á un labrador de Ahuatepec, muy adicto al príncipe, y con el cual guardaba una semejanza tan perfecta en facciones, cuerpo, voz y demas, que era imposible distinguirlos. Llamárasele, pues, y si consentía, se le disfrazaría con las ropas de Nezahualcoyotl y se le instruiría en lo que debia hacer, mientras que el príncipe se ausentaba del lugar.

Hízose así en efecto: el labrador, con una abnegación verdaderamente heroica, aceptó sin vacilar el peligroso papel que se le imponía, y fué á la fiesta al anochecer, imitando tan bien los modales del personaje que representaba, que todos le tomaron por tal. Comenzóse el baile, y cuando la animación habia llegado á su colmo, se adelantó el asesino, y dando un terrible golpe al labrador, le derribó sin sentido al suelo, é inmediatamente le cortó la cabeza y partió con ella á Azcapuzalco á presentarla al tirano. Todos quedaron aturridos con semejante suceso. Los pocos que estaban en el secreto lo disimularon completamente, y la mayor parte quedó creyendo que el príncipe Nezahualcoyotl habia sucumbido á las perversas intrigas de sus enemigos.

Xochicalcatl, este era el nombre del capitán encargado de ejecutar el crimen, llegó á Azcapuzalco y se presentó á Maxtla con la cabeza del labrador. Extrordinario fué el contento del tirano creyéndose ya para siempre desembarazado del único enemigo que le desvelaba; y deseando dar la mayor

publicidad á un suceso que venia á herir de muerte las esperanzas de sus adversarios, ordenó al dicho capitán que fuese á Tlaltelolco y á México á participarlo, llevando consigo la supuesta cabeza del príncipe para que no quedase ni la mas leve sombra de duda.

Partió, en efecto, el capitán, y llegado á México se dirigió á la casa de Izcohuatl, hermano de Chimalpopoca, bajo cuyo gobierno habia sido tlacochcalcatl, ó sea general en jefe de las armas, encargo que á la sazón seguia desempeñando, siendo considerado como el principal señor del reino. Nezahualcoyotl, que á tiempo se habia ausentado de Tezcoco, segun dijimos, se hallaba con Izcohuatl á la llegada de Xochicalcatl, y fácil es de comprender la extraordinaria sorpresa que recibiria éste al ver vivo al mismo príncipe cuya muerte iba á anunciar. De pronto no supo qué contestar cuando se le preguntó el objeto de su visita, hasta que instado repetidas veces, confesó su asombro descubriendo la cabeza que llevaba y comparándola con la de Nezahualcoyotl. Entonces Izcohuatl le dijo: "No tengo otra respuesta que darte sino que digas al emperador lo que has visto, y que el príncipe Nezahualcoyotl vive bueno y sano." A lo que agregó éste sonriéndose: "Tambien le dirás de mi parte que estoy ya bien enterado de sus traiciones; pero que tenga entendido que no podrá lograr sus intentos, porque soy inmortal, y presto le haré conocer el poder de mi brazo."

Indescriptible fué la confusion de Maxtla al recibir semejante noticia, cuyo misterio descifró bien pronto, pues Tlilmantzin, sabedor de lo que habia pasado, llegó de Tezcoco á ponerlo en su conocimiento. Entonces el asombro del tirano se convirtió en cólera, y resuelto ya á consumir su proyecto de cualquiera manera que fuese, dispuso que cuatro capitanes de su mayor confianza, entre los cuales se hallaba el mismo Xochicalcatl, reuniesen la gente mas valerosa de su ejército, y marchasen con el mayor sigilo á Tezcoco, en donde deberian dar muerte á Nezahualcoyotl, sin reparar en los medios con tal que produjesen el resultado. Los nom-

bres de los otros tres ejecutores eran Huehuetlicpic, Tlatolpicac ó Ixtlahuehuetzi. Igualmente fué mandado Tlilmantzin para que estuviese presente á la ejecucion, tomando todas las medidas necesarias para sofocar cualquier alboroto que ella pudiese suscitar.

XVII.

En los momentos en que Maxtla daba sus órdenes á los capitanes encargados de dar muerte á Nezahualcoyotl, hallábase presente un hombre de Cohuatepec, de cuyo nombre no se hace mencion, el cual siendo muy adicto al príncipe, y sabiendo que lo era igualmente su señor Tomihuatzin, partió inmediatamente á poner en su conocimiento los perversos designios del tirano. Luego que Tomihuatzin fué informado de lo que pasaba, reunió todos los caballeros que pudo y se dirigió á Tezcoco, con la resolución de defender al príncipe contra las órdenes de Maxtla.

Hizo el viaje rodeando por Cohuatlican y Huexotla, con objeto de participar el suceso á los principales habitantes de la primera poblacion, que eran afectos á Nezahualcoyotl, á pesar de estar sometidos por una fuerte guarnicion que el emperador mantenía allí, y al señor de la segunda, que con el resto de sus habitantes había profesado siempre declaradas simpatías en favor del legítimo heredero del trono chichimeca. De uno y otro punto salieron á unirse con Tomihuatzin muchas personas dispuestas á tomar abiertamente una actitud hostil contra Maxtla.

Luego que llegaron á Tezcoco é hicieron saber al príncipe la causa de su ida, éste, consultando los impulsos de su

valiente corazón, manifestóles que estaba resuelto á arrojar el guante al competidor, y que por lo mismo se pondría á su frente para emprender la guerra contra un hombre cuyas pasiones depravadas no reconocían límite ni freno para satisfacerse. Sin embargo, Cuauhtlehuanitzin, hermano natural del príncipe, hombre de edad madura y de grande experiencia, que se hallaba presente, fué de contrario dictámen, opinando que no debía aventurarse un golpe en vag; que no se contaba con los elementos suficientes para dar aquel paso, y que era preciso tomar tiempo para combinarlos y poder acometer con entera seguridad del éxito, una empresa que de lo contrario quedaba expuesta á fracasar sin remedio.

Las observaciones de Cuauhtlehuanitzin eran tan sólidas y tan fundadas en la verdad de los hechos, que nadie se atrevió á replicarle, rindiéndose todos á la evidencia. Nezahualcoyotl, sin embargo, no creyó conveniente emprender desde luego la fuga, sino que resolvió aguardar la llegada de los emisarios de Maxtla, pues estando instruido de la maquinacion y bastantemente acompañado, no consideraba que le pudieran sorprender y evitar la huida en caso necesario. El prudente hermano tuvo que ceder, aunque con repugnancia, á aquella atrevida resolución del príncipe.

Para mejor disimular su intento, salió Nezahualcoyotl á jugar con sus criados de mas confianza á la pelota, en una plazoleta que había al frente de su palacio. Era muy temprano todavía cuando llegó el traidor Tlilmantzin y se dirigió inmediatamente á saludar al príncipe, expresando el gran contento que sentía al encontrarle vivo, lo mucho que había llorado su supuesta muerte, y la ninguna parte que había tenido en aquel atentado, pues su objeto no había sido otro que obsequiarle y felicitarle. Nezahualcoyotl, diestro en el arte de disimular, le contestó con la mas perfecta afabilidad, invitándole á tomar parte en su entretenimiento, á lo que se rehusó el gobernador con el pretexto de sus ocupaciones.

Ya era cerca de medio día cuando se divisó á los enviados de Azcapuzalco: el príncipe entró entonces en su palacio,

dando orden al criado que le acompañaba de que los recibiera y se informase del objeto que llevaban. El criado, llamado Oceloxtl, los condujo á la sala cumpliendo las órdenes de su amo, y allí le transmitieron por su medio un recado, diciéndole que eran embajadores del emperador, y que iban á tratar con el príncipe de ciertos negocios de importancia. Pocos momentos despues se presentó Nezahualcoyotl acompañado de un anciano llamado Cematzin, que habia sido uno de sus ayos, y de algunos otros de los señores que habian ido á tomar su defensa; detras de él iba un gran número de criados con ramos de flores y acayetes para obsequiar á los embajadores, segun la costumbre del país. (*)

Luego que los capitanes vieron al príncipe tan bien acompañado, que no les seria posible con la gente que llevaban consumir el odioso crimen, no pudieron disimular su turbacion, y manifestaron que necesitaban estar solos para desempeñar la mision que se les habia confiado. Nezahualcoyotl contestó sin inmutarse, que siendo la hora de medio dia le parecia conveniente que primero comiesen y descansasen, y despues recibiria el mensaje; que él asistiria á la comida desde su tlahtoicacpalli, que se hallaba á la vista en el salon siguiente, y que despues de comer saldria á enterarse del negocio que llevaban. Era el tlahtoicacpalli la silla real que usaban los monarcas, y que se hallaba en la cabecera de la sala, y á cuyos lados habia muchos asientos para las personas que tenian que tratar con los reyes negocios de Estado. El uso de esta silla demuestra que aunque el príncipe habia sido privado del trono, conservaba algunos de los honores debidos á su rango. Debemos añadir que los emisarios de Maxtla aceptaron aquella proposicion, aguardando que llegase entretanto el resto de la tropa para asegurar el golpe.

(*) Dábase el nombre de *acayetes* á unos cañutos de carrizo, llenos de una pasta hecha con carbon y yerbas aromáticas, que se encendian por un lado y los daban á los huéspedes para que los tuviesen en las manos gozando de su buen olor.

XVIII.

Cuál haya sido el objeto que se propuso Nezahualcoyotl al obrar de esta manera, no es fácil definirlo, puesto que sabiendo ya el gravísimo riesgo que le amenazaba, y estando resuelto á apelar á la fuga, no se comprende que prolongase con obsequios aquella situacion que necesariamente tenia que serle fatal, puesto que era dar tiempo á que llegasen las tropas que sus enemigos aguardaban para darle muerte con toda seguridad.

“Yo sospecho, dice Veytia, que aunque manifestó condescender con el dictámen del infante Quauhtlehuanitzin que dejó referido, en su interior no depuso enteramente el suyo de resistir descubierta y declaradamente la tiranía de Maxtla, y nimiamente confiado en sus vasallos de Tezcoco, por la noticia que tuvo de la conmocion que habia habido en el suceso del labrador, que dió motivo á sus parciales y confidentes á declarar la verdad para aquietar el pueblo, se persuadió á que en sabiendo éste el designio del tirano, y viendo en su ciudad á los que iban á ejecutarle, habia de alzar el grito en su defensa, y ponerle en estado de resistir la fuerza con la fuerza, sin recurrir á la fuga.”